

Ser mujer y educadora de la fe

MARÍA NAVARRO GONZÁLEZ*

En la historia de la Iglesia, desde los primeros tiempos había, junto a los hombres, numerosas mujeres, para quienes la respuesta de la Esposa al amor redentor del Esposo adquiría plena fuerza expresiva. En primer lugar vemos a aquellas mujeres que personalmente se habían encontrado con Cristo y le habían seguido, y después de su partida «eran asiduas en la oración» juntamente con los apóstoles en el cenáculo de Jerusalén hasta el día de Pentecostés. Aquel día, el Espíritu Santo habló por medio de «hijos e hijas» del Pueblo de Dios, cumpliéndose así el anuncio del profeta Joel (cfr. Act 2,17). Aquellas mujeres y después otras, tuvieron una parte activa e importante en la vida de la Iglesia primitiva, en la edificación de la primera comunidad desde los cimientos –así como de las comunidades sucesivas– mediante los propios carismas y con su servicio múltiple (Juan Pablo II. «La dignidad de la mujer» núm. 27, 3)

INTRODUCCIÓN

Estas palabras del actual Pontífice, escritas en el año 1988, me han dado luz para el enfoque de este artículo. En ellas se reconoce que el Espíritu Santo habla por medio de sus hijos e hijas. En ellas se sitúa a la mujer como parte activa e importante de la Iglesia, y se le atribuyen carismas y servicios múltiples.

* Catequeta. Sevilla.

Como el objeto de estas páginas está centrado en la *mujer educadora de la fe* intento aplicar este texto a este servicio o «ministerio» concreto, aunque el Papa se refiere también a otras actividades eclesiales en las que la mujer puede y debe ocupar un papel importante.

Situó también estas líneas en un contexto amplio de educación, que abarca todas las edades y condiciones socio-culturales y todos los niveles. Sería un grave error hablar sólo de la educación de niños y jóvenes, porque si esto es importante, lo es también –y en la situación actual más– la educación de adultos, y la formación de los educadores de la fe.

Aunque no voy a referirme directamente a lugares propios de esta educación, por no ser específico de este artículo, sí tengo presentes todos los lugares donde ésta se puede realizar, desde la familia, la escuela y la catequesis, hasta la universidad, los seminarios, los medios de comunicación, las asociaciones y movimientos, e incluso la formación que se lleva a cabo a través de escritos, reflexiones, conferencias, medios de comunicación, etc.

I. LAS MUJERES «EDUCADORAS» Y PROFETISAS, EN LA BIBLIA

1.1. En el Antiguo Testamento, en un contexto cerrado a la mujer

Se destacan algunas mujeres, que anuncian y proclaman un Mensaje liberador:

María, la hermana de Moisés

En un mundo como el suyo, parece que debería haber pasado su vida en el anonimato. Sus breves apariciones en escena denotan su amor a la vida, su

gozo ante la libertad. Ella se convierte en salvadora de su hermano, ella le nutre y le acompaña en su crecimiento. Más tarde pasa a ser profetisa, porque, inspirada alaba al Señor y tal vez también porque actúa como su portavoz. Proclama la gloria de Dios, el único que puede dar la victoria, la salvación. Ella celebra la Pascua, la liberación de su pueblo, con gozo contagioso.

«María la profetisa, hermana de Aarón, tomó en sus manos un pandero, y todas las mujeres le acompañaban con panderos y bailando. Y María les respondía: ¡Cantad al Señor, por la gloria de su victoria!; caballos y jinetes precipitó en el mar.» (Ex. 15, 20-21).

La viuda de Sarepta

Una viuda anónima y pagana aparece como buscadora del Dios vivo, sin apenas sospecharlo. Símbolo de la fe que Dios siembra en todo corazón, de la bondad natural, generosa y hospitalaria. Ella hace posible, por su generosidad, el milagro de la abundancia en la pobreza y se convierte en pregonera de la buena noticia de la gracia:

Cuando Elías le pidió un poco de aceite y pan, de lo que la mujer carecía, ella se fio de la palabra que el profeta le dijo de parte de Dios. Al dar lo poco que tiene experimenta lo impensado, aunque pobre, nunca le faltará el alimento...

«...Ella hizo lo que le había dicho Elías y tuvieron comida para él, para ella y para toda su familia durante mucho tiempo. No faltó harina en la tinaja, ni aceite en la orza...» (1 Re 17, 7-16).

Poco después, ante la fuerte experiencia de la resurrección de su hijo, reconoce la presencia de Dios en el profeta y le dice:

«Ahora reconozco que eres un hombre de Dios y que la palabra del Señor que tú pronuncias se cumple» (1 Re 17, 24).

La madre de siete creyentes (los Macabeos)

Una mujer del pueblo, sin preparación ninguna, es capaz de formular claramente su fe en el Creador del mundo y de la vida. Su voz es memoria y profecía. En la figura de esta madre *se encuentran la ciencia y la fe*. Ella no sabe del comienzo de la peripecia humana, pero sabe mucho de su final.

Sus conocimientos le *velan* el origen de la vida, pero su fe le *desvela* ya el *misterio de la resurrección*. Ella no conoce bien el mecanismo de la generación, los manantiales del espíritu y la vida, pero confiesa, en medio de la persecución, que el *Dios creador devolverá el espíritu y la vida a los que aman su voluntad*.

«La madre, mujer admirable y digna de gloriosa memoria, al ver morir a sus siete hijos en un día, lo soportaba con valor, gracias a su esperanza en el Señor. Exhortaba a cada uno en la lengua materna llena de un noble valor y, uniendo la fortaleza a la ternura femenina les decía: « Yo no sé cómo habéis aparecido en mi seno, pues no he sido yo la que os he dado el aliento vital, ni he tejido yo los miembros de vuestro cuerpo. Dios, creador del universo, que hizo el género humano y ha creado todo lo que existe, os devolverá misericordiosamente la vida, ya que por sus santas leyes la despreciáis.. (II Mac 7, 1-42).

¡Siete hermanos y una madre! Nada sabemos de su origen ni de su pasado. Al libro santo sólo le importa su testimonio de fe. El martirio es la última prueba del amor a la verdad, es la auténtica proclamación de que Cristo ha resucitado. La madre murió la última, tras sus hijos.

1.2. En los orígenes del cristianismo

Desde los primeros tiempos del cristianismo, se destaca la mujer por su gran fe, una fe que comunica y contagia. Ya en tiempos de Jesús aparecen muchas mujeres que anuncian y proclaman el Mensaje de vida, y el

misterio central de nuestra fe: Jesucristo es el Agua que sacia la Sed, es la resurrección y la vida, es el Señor, ¡ha resucitado! el Señor, ¡ha resucitado!:

La Samaritana después de recorrer un largo camino de conversión, experimenta el paso de la no fe a la fe, de la sed del agua natural a la sed de Dios. El Encuentro con el Señor le hace «catequista». Deja su cántaro símbolo de su pasado y vínculo de unión con anteriores «pozos» y corre presurosa a anunciar, a comunicar su experiencia de fe a sus conciudadanos: *«La mujer volvió al pueblo y dijo a la gente: Venid a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿Será el Mesías?... Muchos de los habitantes de aquel pueblo creyeron en Jesús por el testimonio de la samaritana»* (Jn 4, 29, 39).

Marta y María jugaron un papel importante en la preparación y el desarrollo del signo milagroso que devolvió la vida a su hermano Lázaro. A través de este signo queda claro que Jesús es «la resurrección y la vida». Marta expresa públicamente su fe y al confesarla anuncia y proclama que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios: *«Sí, Señor, yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios que tenía que venir a este mundo»* (Jn 11, 27). Marta se convierte en modelo de los que creen en Jesús, incluso en los momentos más dramáticos de su vida, y en modelo también de las educadoras en la fe, que con su actitud profundamente creyente, hacen posible el «milagro» de la conversión, del paso de la muerte a la vida. María sabe, por su fe, que la presencia de Jesús puede cambiarlo todo *«Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano»* (Jn 11, 32).

Las mujeres que acompañan a Jesús. Lucas nombra, Junto a los «Doce» (los oficialmente reconocidos como apóstoles, ministros...), a algunas mujeres que acompañan a Jesús. Ellas habían experimentado su salvación y el mismo Jesús que las ha liberado, las hace testigos y anunciadoras de esta buena noticia: *«Jesús caminaba por pueblos y aldeas predicando y anunciando el reino de Dios. Iban con él los doce y algunas mujeres que había liberado de malos espíritus y curado de enfermedades: María, llamada*

Magdalena, de la que había expulsado siete demonios, Juana mujer de Cusa, administrador de Herodes, Susana y otras muchas que le asistían con sus bienes» (Lc 8, 1-3).

También Mateo alude a las mujeres que seguían y acompañaban a Jesús. Mujeres que se forman en su «Escuela», para después convertirse en testigos de la muerte salvadora de Cristo: *«Muchas mujeres que habían seguido a Jesús desde Galilea para asistirlo, contemplaban la escena desde lejos. Entre ellas estaban María Magdalena y María, la madre de Santiago y José y la madre de los Zebedeos» (Mt 27, 55-56).*

El hecho de que Jesús fuera acompañado por mujeres era algo insólito entre los rabinos judíos. La lectura que hoy hacemos de estos textos de Lucas y Mateo nos inducen a pensar que las mujeres cristianas han sido *imprescindibles* en la propagación de la Buena Noticia.

Las mujeres están, con María, firmes al pie de la Cruz: *«Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María la mujer de Cleofás y María Magdalena» (Jn 19, 25).* Ellas quieren ofrecerle también el último homenaje ya en el sepulcro: *«las mujeres que habían acompañado a Jesús desde Galilea, lo iban observando todo de cerca y se fijaron en el sepulcro y en el modo en que habían colocado el cadáver. Después volvieron y prepararon aromas y ungüentos» (Lc 23, 55-56).* Y sin temor a nada ni a nadie salen al alborar del domingo, a realizar lo que su amor a Cristo les pedía: *«El primer día de la semana, al rayar el alba, las mujeres volvieron al sepulcro con los aromas que habían preparado y encontraron la piedra del sepulcro corrida a un lado» (Lc 24, 1-2).* Las mujeres, con su presencia silenciosa, marcan la continuidad entre la muerte, el entierro y la resurrección.

Las mujeres son las primeras testigos de la Resurrección

Su amor y su fidelidad han hecho posible su encuentro con el Señor resucitado, que les envía a anunciar la mayor y la mejor noticia. Ellas son las

primeras que anuncian el mensaje central de nuestra fe «... *Al volver del sepulcro anunciaron todo esto a los Once y a todos los demás. Fueron María Magdalena, Juana, María la de Santiago y las demás mujeres que estaban con ellas las que comunicaron estas cosas a los apóstoles*» (Lc 24, 8-10 cfr. Mt 28, 1-7).

María Magdalena, busca entre los muertos al que Vive, pero su búsqueda está movida por el amor y vive la experiencia única del Encuentro con el Resucitado. Un encuentro que la convierte en misionera en transmisora de la Buena Noticia a los mismos apóstoles: «... *Vete y dile a mis hermanos que voy a mi Padre que es vuestro Padre, a mi Dios que es vuestro Dios. María Magdalena se fue corriendo adonde estaban los discípulos y les anunció: ¡He visto al Señor! Y les contó lo que Jesús le había dicho*» (Jn 20, 17- 18).

Las primeras «catequistas» laicas

En los Hechos de los Apóstoles aparecen varias mujeres de las que podríamos afirmar que eran «catequistas laicas». Entre ellas están: Lidia y Priscila.

Al llegar Pablo y Silas a Filipo, se encontraron con algunas mujeres, entre ellas **Lidia**, que después de su conversión ofrece su casa como residencia de Pablo y tal vez lugar de encuentro para la comunidad cristiana de Filipo. Es allí donde acuden Pablo y Silas después de salir de la cárcel (Cfr. Hech 16, 13- 40).

Apolo es un judío muy versado en la Escritura, pero sólo conocía el Bautismo de Juan. Por eso **Priscila** y su marido Aquila lo tomaron por su cuenta y «*le explicaron con más exactitud el camino de Dios*» (Hech 18, 26-27). Pablo en su Carta a los Romanos habla de **Febe**, de **Prisca**, **María**, y **otras mujeres** como colaboradoras suyas: «*Os recomiendo a nuestra hermana Febe que está al servicio de la Iglesia. Saludad a Prisca y Aquila (su esposo), mis colaboradores en Cristo Jesús... a María que tanto se ha fatigado*

por vosotros... a Trifena y Trifosa que han trabajado con afán como auténticas cristianas...» (Rom 16, 1-12). El apóstol habla de los «trabajos» de ellas por Cristo y estos trabajos –dice el Papa– «indican el servicio apostólico de la Iglesia en varios campos, comenzando por la “iglesia doméstica”», donde la fe pasa de la madre a los hijos y a los nietos.

La Biblia nos habla también de mujeres **profetisas**: **María, la hermana de Aarón** (que ya he citado), las mujeres de las que habla el profeta Joel: *«Yo derramaré mi Espíritu sobre todo hombre. Vuestros hijos e hijas profetizarán»*.

Ana, la hija de Fanuel de la tribu de Aser, se encuentra en el Templo cuando Jesús es presentado al Señor, a los 40 días de su nacimiento y se convierte en «catequista»: *«No se apartaba del templo dando culto al Señor día y noche con ayunos y oraciones. Se presentó en aquel momento y se puso a dar gloria a Dios y a hablar del niño a todos los que esperaban la liberación de Jerusalén (Lc 2, 37-38)*. Felipe el de Cesarea, donde se hospedó Pablo cuando iba camino de Jerusalén *«Tenía cuatro hijas solteras que tenían el don de la profecía»* (Hech 21, 9).

De Ana se dice expresamente que anunció, transmitió el Mensaje *«Se puso a hablar del niño»*. De las hijas de Felipe sólo se dice que tenían el don de la profecía. ¿Por qué el libro de los Hechos indica este dato que, a primera vista, parece no viene exigido por el texto? En un ambiente de marginación de la mujer, el hecho de indicarlo denota ya una función importante. ¿Qué encierra la denominación de profetisa y la expresión «vuestras hijas profetizarán»?

Seguramente su misión tiene algo que ver con la misión del profeta cuyos rasgos se destacan en la misma Biblia: a) Es llamado y enviado; (Is 6, 8; Jr 1, 7; Ez 2, 7...); b) Tiene una *misión pública*, lo que ha recibido no pueden guardarlo para sí (Jr 1, 8; Ez 2, 3-4; Am 7, 15); c) El profeta es un *atento «oyente» de la Palabra*, (Is 6, 7; Jr 1, 9; Ex 3, 1-3) y un fiel *transmisor* del designio divino: *«Pongo mis palabras en tu boca»* (Jr 1, 9). El profeta oye,

siente, ve, habla desde el corazón, la mirada, el oído y la palabra de Dios que lo ha elegido y lo ha enviado; d) Ejerce la denuncia. Por ella, el profeta se convierte en instancia crítica frente al poder establecido.

1.3. María de Nazaret, imagen y modelo para las educadoras de la fe

El Concilio Vaticano II nos presenta a María cooperando en la obra salvadora de Jesús:

Concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo al Padre en el templo, padeciendo con su hijo cuando moría en la cruz, cooperó en forma enteramente impar a la obra del Salvador, con la obediencia, la fe, la esperanza y la ardiente caridad con el fin de restaurar la vida sobrenatural de las almas. Por eso es nuestra madre en el orden de la gracia (LG 61).

«Dio a luz al Hijo, a quien Dios constituyó primogénito entre muchos hermanos, esto es, los fieles, a cuya generación y educación coopera con amor materno» (LG 63).

A una mujer, María, fue encomendado el cumplimiento de la Promesa hecha a los «Antiguos» (patriarcas, profetas y reyes), ella es la elegida para la misión más sublime, para la función educadora más profundamente cristiana.

Al entrar Dios en la historia para hacerse, en Jesús, *Dios-con-nosotros* ha estado vinculado a María por elección de Dios Padre. Ella ha «hecho visible» en la historia al Dios invisible. Esta es también tarea del cristiano, tarea de toda persona que asume la misión de educar en la fe: hacer presente a Dios, a Jesús, en la historia de cada momento.

Sólo el *sí* de María hace posible la realidad del Emmanuel. El Dios Padre-Madre, el que ha decidido el plan de salvación y lo propone, espera de la mujer, criatura suya, una respuesta que tiene que venir dada desde la libertad. Entra María en la dinámica de las elegidas. Se le confía una misión y

acepta el riesgo que comporta. El suyo es un *sí* que revolucionará la existencia.

Los acontecimientos incomprensibles de su vida los vive con una actitud orante. Durante toda su vida permanece abierta al Espíritu, que le va conduciendo por el camino del conocimiento progresivo de su Hijo, que es camino de fe y le lleva a sentirse implicada en los planes mesiánicos de la salvación, en los diversos momentos de su vida.

- Después de recibir al Hijo en su seno, marcha a casa de **Isabel**, *su prima*, sabiéndose portadora del misterio de su maternidad. Ha acogido sin reservas la Vida y la ofrece en apertura generosa. En el diálogo que entablan las dos primas se da cita el mundo redimido. Isabel, una mujer, es la primera, después de María, que experimentó la presencia del Verbo encarnado. Goza las primicias de la salvación y la proclama: «*Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre. Pero ¿cómo es posible que la madre de mi Señor venga a visitarme? Porque en cuanto oí tu saludo, el niño ha saltado de gozo en mi seno. ¡Dichosa tú que has creído porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá!*» (Lc 1, 42-45). Al emprender esta acción decidida por la justicia y la caridad, en la visita a su prima, María es signo de compromiso y libertad. Da con alegría lo que gratuitamente ha recibido y comunica el gozo de la salvación a los demás.
- En el **Magnificat**, que a continuación proclama, María se muestra como una auténtica educadora de la fe: que atenta a la historia de su pueblo, muestra a un Dios que se revela como salvador, un Dios que actúa en favor de los humildes, de los pobres; un Dios fiel, el Dios Amor.
- En **las Bodas de Cana**, el «*haced lo que Él os diga*» se convierte en palabra-signo. La mediación de María aparece en el ámbito de las relaciones salvíficas, en el proceso de la comunicación del hombre con Dios. María es la mujer atenta, observadora, pendiente del momento,

provocadora de la acción de su Hijo. Como mujer escucha, habla, pregunta, se interroga, dialoga, acepta, desencadena un proceso de fe creciente en los mismos discípulos que acompañan a Jesús y que aún no han visto signos. El Espíritu actúa en María cuando ésta se lanza a pedir que «la hora de Jesús» se adelante. Ella cumple la tarea de «servicio a la fe» como Madre que conoce, que espera, que busca el momento para que la palabra de Jesús se cumpla en nosotros.

- Al **pie de la Cruz**, asume todo el dolor de la humanidad y toda la grandeza de la dignidad del hombre. Desde la radicalidad del dolor humano, iluminado por el dolor redentor, se presenta como la mujer fuerte, la mujer entregada, la mujer creyente, la mujer que ama hasta el extremo. En este momento supremo la Madre de Dios se convierte también en Madre de la Iglesia, en Madre de cada uno de los hombres y mujeres de todos los siglos.
- En el **Cenáculo**, después de la Ascensión de Jesús, acompaña a los discípulos todavía temerosos, todavía inseguros. Con ellos ora y con ellos se prepara para el acontecimiento de Pentecostés. Su presencia es la de una «experta» en el Espíritu (Lc 1, 35), la de una creyente que tiene su misión cumplida (Lc 1, 38). Su presencia garantiza el cumplimiento de las promesas del Resucitado. La tarea maternal y educadora que cumplió María queda ahora en manos de la comunidad apostólica. Es la Iglesia, Madre, la encargada de dar hijos a Dios en esta tierra y de ayudarlos a crecer.

¿Podemos pensar en una manera mejor de educar en la fe, que la que nos enseña María, con su vida, con su palabra, con su entrega total a la voluntad de Dios? Ella es modelo seguro para toda mujer que quiera realizar fielmente la misión de educadora de la fe, para toda mujer que como creyente se considera enviada por Dios para «dar a Cristo» a los demás.

II. ALGUNAS MUJERES QUE SE HAN DESTACADO EN LA HISTORIA DE LA IGLESIA POR SER EDUCADORAS DE LA FE

Unas mujeres concretas a las que podemos poner nombres y apellidos, ejercieron y ejercen, con maestría, la importante tarea de educar en la fe, con todos los medios a su alcance. Pienso en tantas madres de familia, que han introducido y acompañado a sus hijos en su itinerario cristiano, conscientes de que su misión «docente», estriba en su condición de madre en el ámbito de su pequeña «iglesia doméstica». Recuerdo también a miles de catequistas, profesoras de religión, animadoras de grupos cristianos, miembros de órdenes y congregaciones religiosas, de asociaciones y movimientos laicales, etc., dedicadas a la educación cristiana de niños y jóvenes y a las, cada día más abundantes, profesoras de teología de centros superiores, formadoras de formadores, y otras mujeres que se han dedicado a la formación de adultos a través de múltiples medios. Es imposible hablar detenidamente de ellas en estas páginas. Sin duda han sido y son una gran riqueza para la Iglesia y el mundo. En ellas hay que valorar: la fidelidad al propio deber, la fortaleza ante las adversidades y las dificultades, que a veces provienen de la misma Iglesia, el celo misionero, la pasión por el Reino, su preparación para la tarea que han ejercido o ejercen, la entrega desinteresada a los demás y la vida de oración.

Surgen en todas las épocas, sobre todo en los siglos xix y xx, congregaciones de mujeres, fundadas también por mujeres, que se dedican a la formación humana y cristiana de niños y jóvenes: las Adoratrices del Santísimo Sacramento, fundadas por Santa María Micaela, vizcondesa de Jorbalán, que procuran la integración de la sociedad de las mujeres marginadas y se preocupan también de su educación cristiana; las Carmelitas de la Caridad, fundadas por santa Joaquina de Vedruna; las Hijas de María Inmaculada creadas por santa Vicenta M.^a López Vicuña; las Esclavas del Sagrado Corazón, fundadas en Córdoba por santa Rafaela Porras y Ayllón, etc.

Estas y otras muchas han enriquecido a la Iglesia con su labor de educadoras cristianas y avanzaron seguras por los senderos de la fe, aunque las condiciones religiosas y sociales no le fueran favorables. Su experiencia y su testimonio al dejarse revestir por el Espíritu de Jesús en su tarea evangelizadora, ha supuesto un avance en la historia del cristianismo y en la manera de vivir y expresar la fe, y hoy son recordadas en la Iglesia y en la sociedad, de una manera especial. Destaco a algunas que pueden ser particularmente significativas y cuyos ámbitos formativos y de apostolado han sido distintos.

2.1. Tres Doctoras de la Iglesia

La Iglesia ha proclamado doctores a muchos hombres, desde la época patristica hasta nuestros tiempos, desde san Antanasio (siglo iv), hasta san Roberto Belarmino (1930). En la lista de los doctores no había ninguna mujer, hasta que en 1970, a raíz del Concilio Vaticano II, Pablo VI proclama doctoras a dos mujeres: Teresa de Jesús y Catalina de Siena. Más tarde se suma a las anteriores Teresa de Lisieux en 1997.

¿Por qué esta demora en nombrar a mujeres doctoras de la Iglesia? ¿por qué treinta doctores y sólo tres doctoras? En realidad, ¿no fue María, la madre de Jesús –una mujer– la primera y más consumada oyente y transmisora de la Palabra? ¿acaso no ha habido mujeres santas y doctas, maestras de la fe a lo largo de toda la historia de la Iglesia? Quizás este retraso sea debido a que, durante siglos, se interpuso en la *praxis* uno de esos «lapsus» de signo negativo, debidos más a la cultura que a la revelación. Se tradujo mal y se interpretó peor un texto de san Pablo en la primera Carta a los Corintios «*Que las mujeres guarden silencio en las asambleas; no les está permitido hablar...*» (1 Cor 14, 34).

Afortunadamente, nuestra Iglesia del Vaticano II, junto con otras, también ha superado este tabú. Y ha sido posible que la Iglesia tenga Doctoras, es

decir, que se reconozca en la mujer ese carisma que el Espíritu concede indistintamente a hombres y mujeres, el de ser *maestros (as) de la fe*, transmisoras de la Palabra a través de su sabiduría y de su vida.

Teresa de Jesús, Catalina de Siena y Teresa de Lisieux, nombradas por el Papa Doctoras de la Iglesia, son grandes educadoras de la fe que, aunque en distintos ámbitos, tienen en común el haber bebido en la misma Fuente y haber tenido una experiencia que no se han guardado para sí, sino que la han comunicado a los demás. También a ellas se les pueden atribuir las palabras del evangelista Juan: «*Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y han tocado nuestras manos acerca de la Palabra de la Vida os lo anunciamos*» (1 Jn 1, 1-2). También ellas pueden decir como san Pablo «*De este evangelio de Jesús me ha nombrado a mí predicador(a), apóstol y doctor(a)*» (2 Tim 1, 11).

Teresa de Ávila

Deja plasmado en sus escritos el testimonio de un proceso de fe vivido por ella misma y múltiples enseñanzas acerca del amor, el seguimiento de Jesús, de la confianza y el abandono en Él, de la oración, y de la celebración de los sacramentos. Enseñaba, educaba, formaba con su palabra y con su vida «*toda de Dios*».

Tenía un corazón bueno, generoso y agradecido para con Dios y para con los demás, sin duda unas cualidades para toda educadora de la fe, que quiera hacer cercano el Mensaje de Jesús a otras personas. Pero sobre todo era un corazón maternal para enseñar, para corregir, para perdonar.

Era «*amiga de letras*» y cultivaba con afán su inteligencia y la de sus hermanas. Ella misma dice «*Siempre fui amiga de letras... porque éstas nos enseñan a los que poco sabemos y nos dan luz, y llegados a verdades de la Sagrada Escritura, hacemos lo que debemos*» (Vida XIII, 9).

Toda su vida no es más que una continua *entrega*: a Jesucristo a quien profesa un gran amor, a una oración ininterrumpida a Dios por medio de la humanidad del Verbo, y a una *acción educadora y formadora* impulsada siempre por la fuerza escondida del Espíritu de Jesús.

Su amor a Jesucristo le lleva a vivir también un profundo amor a su Madre y a la Iglesia, y a todas las personas. «*Poseía el don de darse y no gastarse; de entregarse y no atarse; de ser de todos siendo sólo de Dios*» (J. Segovia).

Maestra «versada en oración» sabe conducir a sus hijas y a todos los que se acercan a sus escritos por los caminos insospechados del Reino de Dios: «*Sé que no falta el amor y el deseo en mí para ayudar, en lo que yo pudiera, para que las almas de mis hermanas vayan muy adelante en el servicio del Señor*» (C. de P. Prólogo, 2).

Sus enseñanzas sobre la oración del Padre nuestro, en su libro *Camino de perfección*, recogen toda su experiencia oracional, en su relación profunda con el Padre, y conducen con sencillez pero con una gran profundidad por los distintos modos de orar hasta llegar al estadio sublime de la contemplación.

Teresa se perpetúa en la historia como reformadora, como escritora del Siglo de Oro español, formadora, mística y santa. Mujer que brilla entre los grandes hombres de su época y que ha merecido el título de Doctora de la Iglesia, otorgado por el Papa Pablo VI en septiembre de 1970.

Catalina de Siena

Nace el 25 de marzo de 1347, día de la Anunciación, junto con otra hermana melliza. Las habían precedido 22 hermanos. Todos la mimaban y querían y era todavía muy pequeña cuando su familia ya admiraba su «sabiduría», escuchando su charla inocente. Desde muy pronto fue iniciada en la

vida cristiana y llegó a vivir experiencias de la presencia de Dios, impropias de su edad. Servía a todos con alegría y generosidad, sin enfadarse ni impacientarse.

En la adolescencia, cuando sus padres pensaban en el matrimonio para ella, Catalina ya había consagrado a Dios su virginidad. Dedicaba largos ratos a orar y pensar en su Amado en su «celda interior» de la que decía «nadie me puede sacar».

A la edad de 19 años ingresó en la Orden de las Hermanas de la Penitencia de Santo Domingo, donde se dedicó de lleno a la oración y la penitencia. Tuvo grandes experiencias de Dios que le iban mostrando el camino. Su mejor alimento espiritual era la Eucaristía, a la que acudía con mucha frecuencia, aunque esto no era corriente entonces, e incluso era criticada por ello. El Señor la estaba preparando para grandes empresas.

Cuando los conflictos sociales hicieron de Siena un lugar de odios y discordias, Catalina se mostraba incansable atendiendo a todos los que acudían a ella con sus preocupaciones y dificultades, siempre ecuánime, alegre y paciente. Logró la conversión de muchos jóvenes que antes le habían injuriado y ahora acudían a ella para que les ayudase en el nuevo camino que habían emprendido.

La Iglesia sufrió un grave conflicto en el pontificado. La nobleza romana estaba muy acostumbrada a considerar al Vicario de Cristo, que también era su obispo, como cosa propia, y amenazaban a los cardenales para que eligieran al candidato que ellos señalaban, que era muchas veces su favorito por ser romano. Por otra parte, los emperadores alemanes habían invadido Italia para obligar a los Papas a plegarse a sus exigencias de que el poder espiritual estuviese sometido al poder temporal. Esta actitud había obligado a los Papas a huir a Nápoles o a Lyon, mientras que en el palacio de Letrán se establecía un antipapa, apoyado por los alemanes. Clemente V y sus sucesores Juan XXII, y Clemente VI, se refugiaron en Aviñón. Después

Urbano V trasladó su residencia a Roma, pero a los tres años volvió a Aviñón. Fue una época dura, de corrupción, de luchas, de enfrentamiento entre Francia, Inglaterra y Roma.

En este conflicto de la Iglesia, Catalina tuvo un papel importante, ella sería, en las manos de Dios, el principal instrumento para llevar de nuevo a los sucesores de san Pedro a Roma. Oró intensamente, aconsejó a cardenales y obispos, escribió al Papa en varias ocasiones; en una palabra, utilizó todos los medios a su alcance para que la Iglesia de Jesucristo mostrase su verdadero rostro y la Buena Noticia del evangelio no quedase ensombrecida por los conflictos internos de la Iglesia y entre ésta y el poder civil. Poco antes de morir decía a su confesor: «Para que la Iglesia pueda verse libre, sufro yo con alegría y moriré gustosa por ella, si es preciso».

Muchos hombres y mujeres, sacerdotes, religiosos y seculares buscaban el consejo y la dirección de Catalina en cuestiones de fe y de conciencia. Muchos de ellos que habían abandonado prácticamente la fe, volvieron a encontrarse con el Señor por las palabras sencillas y profundas de Catalina y por el ejemplo de su vida entregada a Jesucristo, cuyo amor transparentaba y se traducía en un amor entrañable a las personas.

Murió el 29 de abril de 1380, haciendo la señal de la cruz y pronunciando las mismas palabras de Cristo: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». Recientemente ha sido nombrada Doctora de la Iglesia, junto a santa Teresa.

Teresa de Lisieux

Esta joven carmelita se entregó enteramente al amor de Dios y vivió radicalmente la ofrenda de sí misma como respuesta a este Amor. En la sencillez de la vida cotidiana supo también practicar el amor fraterno y transmitir su experiencia de fe a los demás.

En pocos años «recorre una carrera gigante». Descubre que su vocación personal es la de ser el amor en el corazón de la Iglesia. En *Historia de un alma* tiene una página preciosa en que cuenta su búsqueda apasionada y la inmensa alegría del hallazgo: «Comprendía que el amor encerraba en sí todas las vocaciones, que el amor lo era todo; que el amor abarcaba todos los tiempos y lugares. En una palabra, ¡que el amor es eterno...! Entonces, al borde de mi alegría delirante exclamé: ¡Jesús, amor mío! ¡Al fin he encontrado mi vocación! ¡Mi vocación es el amor!» (B 3v). Al final de su vida sus últimas palabras fueron: «No me arrepiento de haberme entregado al Amor».

En el Carmelo, sor Teresa, sin título oficial, comienza a ser maestra de mujeres vocacionadas. Primero en el noviciado, para formar a cinco jóvenes de las más diversas clases sociales. Después ejerce su magisterio silencioso y prolongado ante las veinticuatro religiosas que componen la comunidad. Pero su magisterio desborda los muros de la clausura. Se le asignan excepcionalmente dos hermanos misioneros: uno destinado a China y otro al corazón de África.

Para las novicias, Teresa compone una serie de pequeños escritos; el más profundo de ellos es su «Acto de ofrenda al Amor Misericordioso». Para la comunidad entera, Teresa escribe una serie de piezas teatrales que se representan en las fiestas de casa, y una serie de poesías, verdaderos tratados de espiritualidad, condensados en su característico estilo lírico. Para los misioneros, escribe una serie de cartas íntimas, muy espontáneas, donde vierte auténticas lecciones de espiritualidad misionera. Para personas selectas de la comunidad, escribe tres «Manuscritos autobiográficos» que luego serán reunidos en la «Historia de un alma» que después alimentarán espiritualmente a miles de lectores del mundo entero.

Su enseñanza es la expresión profunda de su conocimiento del misterio de Cristo y de su experiencia personal de la gracia. Ella ayuda a los hombres y mujeres de hoy, y ayudará a los de mañana, a descubrir mejor los dones de Dios y anunciar la Buena Nueva de su Amor infinito.

Sus aspiraciones y su altura de miras no tenían fronteras; con toda claridad escribió Teresa en el capítulo IX de la *Historia de un alma*, lo que podríamos llamar un presagio de lo que vino después: «*Siento en mi interior... la vocación de guerrero, de sacerdote, de apóstol, de doctor, de mártir... Sí, a pesar de mi pequeñez, quisiera iluminar a las almas como los profetas y como los doctores... Tengo vocación de apóstol. Quisiera recorrer la tierra, predicar tu nombre y plantar tu cruz gloriosa en suelo infiel... Quisiera anunciar el Evangelio al mismo tiempo en las cinco partes del mundo y hasta en las islas más remotas*» (Ms B 3r).

Carmelita y apóstol, Maestra de sabiduría espiritual para muchas personas consagradas y laicas, patrona de las Misiones, santa Teresa de Lisieux ocupa un lugar central en la Iglesia. Su doctrina es reconocida entre las más fecundas. El Consejo Permanente del Episcopado francés justificaba así la petición del Doctorado: «...*Por sus diversos escritos traducidos a un alto número de idiomas y difundidos por el mundo entero, Teresita ha contribuido –y contribuye aún hoy– a hacer conocer mejor y a vivir una sólida doctrina espiritual centrada en el Evangelio...*».

Nace en el año 1881 y muere en 1905, a los 24 años de edad. Es beatificada por el Papa Pío XI en 1923 y canonizada en 1925. El 19 de octubre de 1997, domingo del Domund, es proclamada por Juan Pablo II, Doctora de la Iglesia.

2.2. Mujeres Transmisoras de la fe en el siglo xx

El siglo xx ha supuesto un avance notable en la incorporación de la mujer a muchas responsabilidades sociales de todo tipo, ha contado también con muchas mujeres, que han sido capaces de establecer un diálogo serio entre la fe y la cultura y han abierto nuevos caminos a la educación cristiana, desde las características genuinamente femeninas. Recojo algunas pinceladas de tres mujeres que en ámbitos distintos y en niveles también diversos

han transmitido con sus palabras y sus escritos, y sobre todo con su vida, la Buena Noticia de Jesucristo.

Edith Stein (santa Teresa Benedicta de la Cruz)

Una mujer con un proceso de fe admirable: pasa del agnosticismo a la luz de la fe cristiana, después de haber naufragado en su fe israelita. Desde muy pronto desarrolló una gran capacidad de reflexión. Entre las posibilidades que ofrecía la universidad alemana, Edith escogió la filosofía. Defendió su tesis doctoral el 3 de agosto de 1936 –*summa cum laude*– en Friburgo.

Muy pronto se interesó por los problemas educativos y se alistó en la Liga para la Reforma de la Escuela. Siempre mantuvo muy viva su preocupación por la defensa de los derechos de la mujer.

Su gran actividad de escritora, conferenciante, profesora de fenomenología y otras materias filosóficas, etc., adquiere un matiz nuevo después de convertirse al catolicismo, manifestándose abiertamente como tal. Cada día le interesaban más los grandes filósofos del cristianismo: san Agustín, Scoto, santo Tomás. Se dedicó al estudio de santo Tomás de Aquino y tradujo la obra *De veritate*.

Entró de profesora en el colegio de Santo Domingo donde compaginaba su trabajo de escritora y traductora con el de la docencia: la filósofa doctora se hizo maestra, pero maestra en el más estricto sentido de la palabra. En la clase abría horizontes culturales y favorecía la relación de amistad. En materia de religión pensaba que lo esencial era vivirla, antes de hablar de ella. Su ideal era que las alumnas sacasen de aquel centro la fuerza para transformar su vida en Cristo. Pronto se ganó la confianza de sus alumnas para las que era un modelo de generosidad, de entrega y de fe. Una de sus alumnas expresaba el impacto que la profesora ejercía en ellas, con estas palabras: «*Diariamente la veíamos arrodillarse en su reclinatorio, delante*

del coro, durante la Santa Misa. Entonces comprendimos lo que significa el llevar perfectamente al unísono la fe y la vida».

La correspondencia era otro de sus cauces de formación cristiana. Siempre tenía tiempo para los demás; así lo expresaba en una de sus cartas: *«la necesidad espiritual del prójimo rompe todo precepto. Cualquiera cosa que hiciéramos es medio para el fin. Pero el amor es el fin mismo porque Dios es Amor».* Y en otra carta a una monja de la Orden de Santo Domingo, afirmaba: *Lo más importante es que las profesoras tengan realmente en sí el espíritu de Cristo y lo encarnen en su vida. Pero junto a éste hay otro deber y es conocer la vida dentro de la que tienen que vivir las niñas...».* El situarse en el ambiente de los educandos, el conocer –como decimos actualmente– a la persona en su situación concreta, era para Edith un deber.

Edith equilibró su intensa actividad con la apertura teologal alimentada en tiempos largos de oración y silencio en la Abadía Benedictina de Beuron. La abadía le proporcionó nuevas amistades que la impulsaron a participar en encuentros de intelectuales a dar conferencias y dictar cursos. Viajó por Alemania, Suiza y Austria, llamando a los intelectuales cristianos a asumir la responsabilidad del momento histórico.

El 25 de febrero de 1933 dio su última clase. El 15 de octubre de ese mismo año, a los 42 años de edad, entró en el Carmelo de Colonia, donde recibió el nombre de Teresa Benedicta de la Cruz. Le fue concedido el seguir con su actividad literaria. Compuso pequeño escritos y algunas obras mayores. La obra principal, sin embargo, cuya redacción llenaba todas las horas libres de su vida religiosa fue la *«Ciencia de la cruz»*, una explicación clara y acabada de la profunda doctrina de san Juan de la Cruz.

El 2 de agosto de 1942, los nazis llevan a Edith con su hermana Rosa a los campos de Amersfort, donde según testigos se parece a una Pietá sin Cristo, que se ocupa de los niños abandonados y de sus madres desesperadas.

Muere en las cámaras de gas de Auschwitz, probablemente el 9 de agosto de ese mismo año.

El mejor servicio que pudo prestar esta mujer a la educación de la fe fue su misma vida entregada. Juan Pablo II la ha nombrado co-Patrona de Europa, con santa Catalina de Siena y santa Brígida de Suecia.

Josefa Segovia

Nacida en Jaén el 10 de octubre de 1891, dos días antes que Edith Stein. Tras una infancia y adolescencia vividas en un ambiente familiar y educativo cristiano, se licenció en Pedagogía el año 1913 y recibió del sacerdote Pedro Poveda, el encargo de dirigir la Academia Teresiana que se acababa de abrir: un movimiento de renovación educativa para el que la Escuela Superior le había preparado. Pronto descubrió que su tarea profesional debía realizarla desde la inspiración cristiana: el Evangelio sería considerado el primer libro de la Academia. Tras esta primera experiencia, en marzo de 1915 fue nombrada por el Ministerio de Instrucción Pública, inspectora de Primera Enseñanza de Jaén, cargo que desempeñó hasta el año 1923.

En 1919 fue nombrada primera Directora General de la Institución Teresiana, Asociación privada de laicos dedicada a la evangelización de la cultura y de las culturas, que acaba de fundar el sacerdote Pedro Poveda. Fue una mujer de fe y una mujer de letras que supo establecer un diálogo fecundo entre la fe y la cultura. Una mujer enamorada de Dios que creaba amor en su radio de acción; un exponente auténtico del verdadero humanismo cristiano: toda de Dios y toda para los demás. Gran defensora de un feminismo cristiano, trabajó intensamente por la promoción de la mujer en la sociedad y en la Iglesia.

Su puesto en la historia de la educación desborda la función estrictamente profesional de directora de la Academia, de profesora y de inspectora, para

ser una guía experta en los caminos de la vida cristiana en medio de las responsabilidades cotidianas. Sabía instruir antes de exigir y procuraba la capacitación intelectual y la madurez cristiana para todas las que se formaban para ser después formadoras.

Una mujer universal y abierta a todos los matices, así se desprende de su elenco de correspondencia, siempre cuidadosamente atendido. Una correspondencia que abarcaba todos los estratos sociales y superaba los límites de la geografía española, para llegar a otros países de Europa, América y África.

El seguimiento de Jesús y la permanencia en Él fue, en ella, fruto de la contemplación. En Jesús descubrió el amor de Dios a los hombres, el mayor don que Dios podía hacernos. Esta experiencia vivida era la que transmitía, especialmente a los jóvenes, convencida de que ni los razonamientos ni las consideraciones éticas logran nada si no está interesado el corazón, hasta tal punto de dejarse transformar.

Educadora sorprendente por la inmediatez de su trato, sobresale en la capacidad motivadora de suscitar energías, de hacer crecer. Con un talante peculiar para el diálogo con los jóvenes... poseyó en grado sumo la gracia de ayudar a crecer y de con-crecer» (A. Galino, Simposio sobre «La mujer, nueva realidad respuestas nuevas». Sevilla 1991).

Conocía el arte de despertar capacidades y vocaciones, de afirmar personalidades, de ayudar a subir, en un clima de alegría y confianza que brotaban de una fe firme de la que «contagiaba» a cuantos la conocían. A su alrededor granaban proyectos educativos cristianos y solidarios. Contagiaba su sensibilidad hacia la justicia social, en las grandes cuestiones y en los pequeños detalles de la vida diaria.

El 25 de marzo de 1957, día de la Anunciación de María y la Encarnación del Verbo, una fiesta entrañable para ella, fue ingresada para ser sometida a una intervención quirúrgica muy delicada, a consecuencia de la cual

fallecía el día 29. Como María, a la que tenía particular amor y devoción dijo su Fiat y se entregó con sencillez y alegría, una vez más a la voluntad de Dios. Al conocerse la noticia de su muerte, inmediatamente se multiplicaron los testimonios de personas de todos los estamentos sociales y eclesiales, evocando su figura, su fe, su entrega a los demás, su talante educativo y sobre todo su santidad de vida. El 10 de octubre de 1966 se inicia en Madrid su causa de Beatificación y Canonización, actualmente muy avanzada.

Victoria Díez y Bustos de Molina

Una sevillana que en sus casi 33 años de vida, se fue forjando primero en la «escuela» de una familia sencilla, profundamente cristiana, y después en el desarrollo de su profesión de maestra en dos pueblos rurales de las provincias de Badajoz y de Córdoba.

En su vida de educadora cristiana tuvo muy presentes las palabras de Cristo *«Vosotros sois la sal de la tierra, vosotros sois la luz del mundo, resplandezca así vuestra luz entre los hombres para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos»* (Mt 5, 13-14, 16).

Ejerce su profesión de maestra durante diez años. Tiempo suficiente para dar la medida de lo que puede ser una educadora cristiana consciente de su responsabilidad en la sociedad civil y comprometida en vivir su fe hasta las últimas consecuencias. En estos años (1927 a 1936) la situación de España no era nada beneficiosa para los maestros y menos para los maestros católicos. Victoria lo sabe y lo vive con confianza y fortaleza, hasta tal punto que los obstáculos se convierten en estímulos para ella.

Era justa en su trato con las alumnas; las preferencias eran hacia las más pobres o con más dificultades. Se desprendía de sus cosas: ropa, comida, incluso el calor del brasero en beneficio de otras niñas o jóvenes que care-

cían de ello. Sabía que el maestro, la maestra, tienen que sentirse comprometidos con la participación social, hacer todo lo posible por la dignidad de la persona humana y trabajar por agrandar los límites, ensanchar el horizonte de la acción educativa.

En Hornachuelos (Córdoba), preparó un local y organizó un plan para jóvenes obreras en el que desarrolló, entre otras cosas, un programa de alfabetización (el 79% de las mujeres eran analfabetas). Se preocupó también de su formación cristiana y a muchas de ellas las acercó al Señor después de varios años alejadas de la fe y de los sacramentos.

Cuando el gobierno prohibió la enseñanza de la religión en las escuelas públicas, ella educaba en la fe sin tener el catecismo en la mano ni el libro de religión en el aula; su testimonio de fe y de entrega hablaban y enseñaban mejor que las palabras. Supo también buscar una estrategia para no dejar a sus alumnas sin esta educación religiosa: enseñaba a su madre y a las jóvenes de Acción Católica que a su vez daban las clases a las niñas y a las obreras en el centro que ella misma había organizado, mientras ella permanecía en la Iglesia orando por las niñas y jóvenes.

Ejerció también su magisterio a distancia, se conservan cartas de ella, dirigidas a algunas de sus alumnas de Sevilla en las que las animaba a fundamentar su fe en Jesucristo y a llevar una auténtica vida de oración: *«No seas mujer de novenas –decía a una de ellas– sino alma de oración... No te acostumbres a pronunciar muchas oraciones de rutina; una, salida del corazón y compuesta a tu modo, es como un dardo encendido que va a parar al corazón de Dios»*.

Unos días antes de estallar la guerra civil española, Victoria tuvo el presentimiento de que la matarían en Hornachuelos y así se lo comentó a una de sus compañeras. Pero no huyó, ni dio señales de miedo sino que se preparó con confianza, buscando toda clase de apoyos en la espiritualidad martirial de la Iglesia. La arrestaron los milicianos el día 11 de agosto. ¿Por qué?, tal

vez por su implicación en la Acción Católica y porque «aseguraba el futuro de la religión en el pueblo».

El día 12 de agosto hacia las dos de la madrugada, la llevaron con otros detenidos a la mina del Rincón que estaba a unos doce kilómetros por caminos de serranía. Durante el recorrido daba ánimo a sus compañeros (todos hombres) diciéndoles «Ánimo, daos prisa» «nos espera el premio» «veo el cielo abierto». Empezaba a amanecer cuando llegaron a la mina. Allí fueron fusilados uno a uno, ella fue la última. Después de exclamar ¡Viva Cristo Rey! ¡Viva mi Madre!, recibió dos disparos y cayó a la fosa donde habían caído sus compañeros.

Victoria amó a la Iglesia. Trabajó con todas sus fuerzas en la Iglesia local: Acción Católica, catequesis, preparación de catequistas, ayuda incondicional al párroco. La Iglesia reconoce su labor de educadora profundamente creyente, su valentía y la constancia en la fe y la presenta como modelo cuando Juan Pablo II la beatifica el 10 de octubre de 1993.

III. LA MUJER, HOY, EN LA EDUCACIÓN DE LA FE

3.1. Importancia del papel de la mujer

A la luz de los testimonios anteriores sobre el papel de la mujer en la educación de la fe, en la transmisión de la Buena Noticia, en la formación de educadores cristianos, etc., es fácil deducir el valor y la importancia de la mujer en esta misión primordial de la Iglesia, especialmente en nuestros días.

Durante mucho tiempo la palabra y la reflexión de la mujer en el amplio campo de la educación de la fe, ha sido olvidada, no se ha tenido en cuenta, no se ha valorado. La mujer que transmitía el mensaje, lo hacía, en la mayoría de los casos, como repetidora de lo que le venía dado. Poco a poco se ha ido valorando la enseñanza de la mujer, fruto de una profunda experiencia

de fe y se le ha apreciado su incorporación a la reflexión y a la enseñanza teológica, a la transmisión de la fe, en todos los niveles de la educación y la cultura. Una reflexión y una enseñanza que pasan por su propia experiencia y su propio «lenguaje».

El Concilio Vaticano II habla de una evangelización en consonancia con la situación actual:

La comisión pastoral de la Sagrada Congregación para la evangelización de los pueblos, publicó en el «Año Internacional de la Mujer» un documento titulado «Función evangelizadora de la mujer», donde tras constatar la creciente participación de la mujer en las actividades profesionales y públicas, examina más profundamente el papel de la mujer en el anuncio del Evangelio y su preparación para esta importante tarea. Enumera unas cualidades que son peculiares en la mujer: intuición, ayuda en la formación de la personalidad, fidelidad, discernimiento, contacto personal, sentido práctico y adaptación. Y pasa después a describir, sus funciones evangelizadoras. Entre ellas señala: *«Actividad catequética, para catecúmenos y cristianos... sesiones de espiritualidad y retiros; consejo, dirección y mantenimiento de vocaciones; docencia religiosa incluida la teología, según su utilidad y capacidad, y participación en los medios de comunicación social».*

Muchos teólogos, obispos, sacerdotes, personas de la cultura y creyentes comprometidos han levantado su voz a favor de la mujer y han comprendido y valorado el papel fundamental que desempeña en el amplio campo de la educación cristiana.

El Beato Pedro Poveda, sacerdote, fundador y pedagogo, un adelantado de los tiempos, escribía ya en el año 1914: *«A una mujer debió el mundo el Hombre-Dios; por las mujeres se propaga y perpetúa el cristianismo en el mundo. Yo me atrevería a seguir diciendo, que si esta fue siempre una verdad innegable de la que da cumplido testimonio la historia, (...) hoy, en la época actual, la influencia más decisiva a favor del cristianismo, es*

la de la mujer; el apostolado más fecundo y la fuerza más potente de la Iglesia de Cristo en la tierra, está en manos de la mujer católica» (Citado por D. Gómez Molleda en: *Amigos fuertes de Dios*. p. 71-2.^a edic. Narcea).

3.2. Aportaciones específicas de la mujer a la educación en la fe

Ciertamente, la mujer como el hombre, que viven en autenticidad su cristianismo, se sienten llamados como el apóstol Pablo a evangelizar, aportando lo mejor de su vida: tiempo, conocimientos, experiencias, valores cristianos, etc. En la manera de hacer de unas y de otros hay también matices que los diferencian y conviene tener en cuenta.

Señalo algunas aportaciones que me parecen significativas para considerar en su justo valor la importancia del papel de la mujer en la transmisión de la fe:

Desde su feminidad, la mujer acerca a muchas de las imágenes bíblicas que se atribuyen a Dios que no es sólo Padre, sino también Madre porque, en expresiones de la Biblia, *a*) lleva a su pueblo en las «entrañas». «¿Acaso olvida una mujer a su hijo y no se acuerda del fruto de sus entrañas? (Is 49, 15); *b*) le acaricia y le da de comer como una madre a su hijo «Fui para ellos como quien alza un niño hasta sus mejillas y se inclina hasta él para darle de comer» (Os 11, 4); *c*) lo trata con ternura: «El señor siente ternura por sus fieles» (Salmo 103, 13 cfr. Os 11, 4); *d*) o protege y lo cuida y lo lleva sobre sus alas «Guárdame como a la niña de tus ojos, escóndeme a la sombra de tus alas (Salmo 17, 8) «A vosotros os he llevado sobre alas de águila y os he traído a mí» (Ex 19, 4).

Tanto en los estudios clásicos como en la eclesiología actual, entre las muchas imágenes de la Iglesia, se la presenta como ESPOSA de Cristo y como MADRE. El ser esposa y el ser madre son atributos expresamente femeninos, no excluyen al hombre ni a la mujer de su pertenencia total a la Iglesia, pero nos movemos en el campo de las imágenes y estas también son

significativas. Las palabras engendrar, dar a luz, amamantar, criar, etc., de gran contenido bíblico, se emplean también para expresar la misión de la Iglesia.

«La unidad de Cristo y la Iglesia... es expresado con frecuencia mediante la imagen del Esposo y de la Esposa. El tema de Cristo, Esposo de la Iglesia fue preparado por los profetas y anunciado por Juan Bautista. El Señor se designó a sí mismo como el Esposo. El apóstol presenta a la Iglesia y a cada fiel, miembro de Cuerpo, como una Esposa «desposada» con Cristo Señor para no ser con él más que un solo Espíritu...» (CEC, 796).

Junto a estas aportaciones de significación bíblica y eclesial hay otras que emanan de su «ser mujer». Sin pretender agotarlas todas, enumero simplemente aquellas que, desde mi condición femenina, y por el trato, durante muchos años, con mujeres educadoras de la fe, he ido detectando y perfilando, sobre todo en aquellas –casadas o célibes– que han entendido y asumido el auténtico feminismo cristiano:

- a) Pienso que dentro de la pluralidad que también se da en este ámbito, la mujer tiene una manera de conocer y de sentir que están más conectados con las entrañas, con la experiencia profunda, y el pensamiento es más concreto, más cercano a la realidad.
- b) En su trabajo educativo aporta un dato pedagógico-metodológico importante: sitúa la teoría del conocimiento después de la vida, el corazón antes que la cabeza. Pone a la persona en la situación en que vive, en el centro de la reflexión.
- c) Del testimonio de las mujeres destacadas en este artículo y de otras muchas, se deducen una serie de valores que, sin duda enriquecen y hacen más cercano y atrayente el mensaje: entrega, ternura, piedad, gratuidad, audacia, fortaleza. Su intuición y creatividad hacen más cercana y gratificante esta formación cristiana.
- d) Por último destaco la fidelidad y su espiritualidad, junto a un gran humanismo, como testimonio continuo de su amor a Jesucristo a todos los hombres, empezando por los más débiles.

IV. CONCLUSIÓN

En nuestra cultura, en la que está despertando cada vez más lo femenino, la espiritualidad, la teología y la educación cristiana necesitan salir de la «racionalidad» conceptual para caminar por la «institución» del amor. Más que por razones de la inteligencia –y sin descartar ésta– a Dios tenemos acceso por lo que anhela y barrunta nuestro corazón. La experiencia cristiana no se agota en discursos intelectuales; más bien se celebra con símbolos que permiten ya gustar la cercanía bondadosa de Dios. La mujer, por su feminidad y sus cualidades favorece este acercamiento al Dios Padre-Madre, al Dios Amor, ternura y misericordia. Es pues un estilo para todas nosotras, sabernos instrumentos en manos de Dios para la renovación de la educación y la transmisión de la fe a todos los niveles.